

habría derribado todo el bosque sin descansar.

Sin embargo, resonó el grito de *basta*, y quedaron levantadas todas las hachas y fijos los ojos en el torrente vencido ya, y encadenado. La destrucción cesó tan pronto como fué inútil.

Volvimos á la posada casi seguros de que no nos volverían á desalojar de ella; sin embargo, se quedaron dos hombres vigilando cerca del torrente para dar la alarma en caso de peligro. Ignoro si hicieron bien la guardia, pero lo que sé es que nos dormimos de un tirón hasta las ocho de la mañana.

Habíamos dormido tanto más tranquilos cuanto que sabíamos que la jornada del día siguiente, aunque larga, no era cansada, pues de las diez leguas que teníamos que hacer cuatro eran por el lago de Brienz y no teníamos nada en que ocuparnos en ver Meyringen por donde pasábamos, más que tomar el desayuno y continuar la jornada.

El camino conservaba horribles rastros del huracán de la víspera, pues de trecho en trecho cortaban el camino los hondos surcos que habían dejado los torrentes improvisados por los que corrían unos arroyuelos bastante rápidos para entorpecer el paso, y de tiempo en tiempo encontrábamos árboles arrancados de cuajo cuyas raíces enredadas á las piedras del camino formaban una especie de barricada que los mulos de las señoras querían mejor comer que saltar, y así á cada momento se oían gritos espantosos de nuestras viageras, que á veces no carecían de motivo.

Al cabo casi de dos horas más de trabajo que de camino nos hallamos en la cima de la montaña, que separa el valle de Rosenlawi del de Meyringen. Un rellano cubierto de césped ofrece desde lejos su rico tapiz para hacer un alto al viajero, y cuando seducido por aquella sábana verde se aproxima para descansar, admira á medida que se adelanta de la coquetería de la montaña, que al pie del rellano donde primero no había visto más que un lugar de descanso, ostenta toda la riqueza inesperada del valle más lindo tal vez de la Suiza.

Es una cosa notable además el cuidado que se toma la naturaleza en mostrarse siempre bajo su más ventajoso aspecto, ya ostenta su gracia, ya su fuerza, ó su riqueza, ó su aspereza. En medio de tantos picos y rocas á cuya cima nadie puede alcanzar más que los gamos y las águilas, el hombre encuentra siempre una roca accesible, y desde allí con la vista abarca del modo más favorable las líneas del paisaje que se extiende bajo sus pies: parece que la naturaleza, coqueta como una mujer, indiferente al voto de los animales, necesita para lisonjear su orgullo los homenajes del hombre, y semejante á las reinas que conocen la debilidad de su sexo, no puede permanecer en su trono sin hacer sentar en él á un rey.

En aquel rellano de Meyringen deben nacer en el alma estas reflexiones más que en cualquiera otra parte. Después de dos horas de camino por un país medianamente hermoso en donde no se encuentra para distraer la vista del fatigoso aspecto de un doble muro de montes, más que en un salto de agua bastante elevado, pero tan delgado que le llaman la cascada de la cuerda, (Seilibach) divisase de repente sin preparación, cual si levantasen un telón, uno de los paisajes más variados y maravillosos que jamás han recompensado al viajero de su fatiga, debería decir que se la había hecho olvidar.

Después de haber permanecido media hora absorto en la contemplación de aquel espectáculo que no sabría reproducir la pluma sobre el papel, ni el pincel sobre el lienzo, nos encaminamos hacia la cascada de Reichembach, cuya caída no podíamos ver todavía, aunque ya nos indicaba su sitio una polvareda de agua parecida al vapor que arroja la boca de un volcán.

Para llegar á ella tuvimos que subir una cuesta tan rápida que han tenido que hacer escalones para llegar á su cumbre. Desde el rellano que forma se mira al abismo á donde el agua precipita su caída: allí se estrella á ochenta pies debajo de los que la contemplan, y volviendo á subir luego en una polvareda da un rocío bastante espeso que obliga á meterse en una casita construida con el solo objeto de resguardar de aquella lluvia que viene de la tierra en vez del cielo.

Allí como en otras muchas partes de la Suiza se vende un gran número de juguetes de madera esculpidas con el cuchillo, que por la gracia de sus formas y bien rematado del trabajo, son más preciosos que muchas de las obras que salen de nuestras manufacturas. Son azucareros con guirnalda de yedra ó de encina con un gamo por tapadera, cucharas y tenedores esculpidos como los de la edad media, y en fin, copas que recuerdan las que disputaban por sus cantos los pastores de Virgilio. Estos objetos se suelen vender muy caros algunas veces: yo vi vender en cien francos un par de estas copas.

Desde la casita en donde está el almacén general, bajamos á otro rellano situado á cien pies debajo de aquella, y desde allí descubrimos la caída inferior del Reichenbach en donde, por la particular situación de las rocas el agua se agita y rebota más. Yo no he visto el Peneo de que habla Ovidio, ni sé si es exacto el cuadro que de él nos hace.

... Spumosis volvitur undis
Dejectuque gravi tenues agitantia fumus.
Nobila condeit, summasque aspergine silvas
Implicit, et sonitu plus quam vicina fatigat.

pero lo que yo sé es que esta descripción se adapta tanto al Reichembach, que yo la plagio

del primer libro de las Metamorfosis para escusarme de hacer otra que probablemente sería menos exacta.

Entonces para llegar á Meyringen apenas faltan más que diez minutos, y de Meyringen á Brienz dos horas. Llegados á este último pueblo alquilamos una barca y nos dirigimos hacia Geissbach que tiene el privilegio con el Reichembach de dividir el trono de las cascadas del Oberland. Yo no emitiré mi opinión sobre esta importante cuestión, porque cansa todo, hasta las cascadas, y hacia ya cinco ó seis días que había visto tanto que comenzaban á fastidiarme todos los nombres que terminaban en *bach*.

Sin embargo, como hubieran tenido por una heresia el que hubiese pasado por delante del Geissbach sin pararme, eché pie á tierra y comencé á subir la montaña desde cuya cima se precipita la cascada en doce caídas cuyo estruendo oíamos ya desde Brienz, esto es, desde una legua.

A la mitad de la subida casi encontramos, al regente Kærli y sus dos hijas que nos aguardaban para ofrecernos la hospitalidad en una hermosa casa de campo cuyo piso principal adornaba un piano ante el cual se sentó, y sus hijas se pusieron inmediatamente á cantar muchas canciones suizas y dos ó tres tirolesas. Aunque aquella hospitalidad y aquella música no fuesen enteramente desinteresadas, se nos habían ofrecido sin embargo con tanta amabilidad que no hubo medio de creer que cumplíamos con pagar al buen hombre, le dimos las gracias de todos modos. Tan encantado de nosotros, como nosotros parecíamos estarlo de él, nos regaló al marcharnos una estampa litografiada de su retrato y el de sus hijas. Está litografiado acompañando al piano á sus dos hijas cantando en pie detrás de él.

Una singularidad que recompensa el trabajo que se toma al subir el sendero bastante escabroso que conduce á las caídas superiores del Geissbach, es una gruta formada en la roca detrás de uno de los arcos que forma el agua en su caída. Se puede penetrar en ella sin mojarse absolutamente, gracias á la curva que describe la cascada por la rapidez de su salto, y desde allí se ve todo el paisaje, es decir, el lago, el lugar de Brienz y de Roth-Horn. Gózase de esta vista al través de una gansa de agua moviéndose ella misma, da una apariencia de vida á los objetos sobre que está tendida, estos á su vez se mueven detrás de ella, perfiles sin color, cual gigantescas sombras chinescas.

Después de haber dedicado cerca de una hora al regente Kærli y en visitar la cascada nos reembarcamos. Habiendo ofrecido doble propina á los barqueros si llegábamos en menos de cinco horas á Interlaken, voló nuestra barquilla. Pasamos cual aves de mar atrasadas, por delante de una hermosa isleta perteneciente á un general italiano al servicio de la

Francia hacia mucho tiempo, y desterrado de su país, según creo, se había retirado allí. Un poco más lejos nuestros guías nos mostraron el Tanzplaz, peñasco cortado perpendicularmente, en cuya cima hay una magnífica llanura cubierta de césped; allí iban á bailar en otro tiempo los habitantes de los inmediatos pueblos. Un día un joven y una muchacha que no podían conseguir de sus padres licencia para unirse, se citaron: se formó un gran wals, en el que tomaron parte como los demás, solamente que se advirtió que á cada vuelta que daban se acercaban al precipicio; al fin al dar la última vuelta se abrazaron más estrechamente el uno al otro, se les vió besarse, y después, como si les hubiese arrebatado el ardor del baile, se acercaron al abismo y se precipitaron en él. Al día siguiente se les encontró en el lago muertos y abrazados aun. Desde entonces se ha mudado el sitio del baile en otro punto del valle.

A las cinco menos cuarto desembarcamos á diez minutos de distancia de Interlaken.

Nuestra expedición por el lago, en vez de cansarnos nos había dado fuerzas: podíamos después de comer todavía dar una vuelta por Hohbuhl, hermoso paseo situado detrás de Interlaken.

Hohbuhl es un jardín inglés que se extiende desde la base hasta la cima de un pequeño terreno de tres ó cuatrocientos pasos de alto; por entre las árboles se pueden ver al paso y á medida que se suben las partes aisladas del panorama que desde arriba se abarcan en todo su conjunto. Fuera de la maravillosa perspectiva que desde allí se goza no ofrece nada notable más que un banco en el que grabaron sus nombres Enrique de Francia, Carolina de Berry y Francisco de Chateaubriand en las épocas en que pasaron por Interlaken.

Al volver, en la posada hallé á Willer que me preguntó por donde contaba salir del Oberland al día siguiente para ir á los pequeños cantones. Tres caminos podía elegir en las montañas: el monte Brunig, el Grimsel ó el Gemmi. Me decidí por el Gemmi que conocía por su fama. Al día siguiente tuve la satisfacción de conocerlo también de vista, lo que quiere decir que si alguna vez vuelvo á Interlaken saldré entonces por el Grimsel ó el Brunig.

EL MONTE GEMMI (1).

Debíamos partir de Interlaken á las cinco de la mañana en una carretela que debía con-

(1) Se pronuncia Ghemmi.

ducirnos hasta Kanderstg, lugar en donde el camino cesa de ser practicable para los carruajes; era siempre ahorrar á nuestras piernas la mitad del camino; y como teníamos catorce leguas que hacer aquel día para ir á los baños de Louèche y en la última parte del camino pasar una de las más rudas montañas de los Alpes, estas seis leguas de atajo no eran cosa de despreciar. Así es que, fuimos tan exactos como los militares. A las seis ya estábamos internados en el valle de la Kander, donde subimos la orilla durante el espacio de tres ó cuatro leguas; en fin, á las diez de la mañana recuperábamos nuestras fuerzas al rededor de una mesa bastante bien servida de la fonda de Kanderstg para la ascension que debíamos emprender: á las once ajustamos nuestras cuentas con el cochero, y diez minutos despues estábamos en camino con nuestro bravo Willer, que no debía separarse de mí hasta Louèche.

Durante legua y media poco más ó menos, costeamos por un camino bastante fácil la base de la Blumlisalp, esta hermana colosal de la Jungfrau, que ha recibido ahora en cambio de su nombre de Montaña de las Flores, uno más espresivo y más en armonía, sobre todo con su aspecto, el de *Wild-Frau* (muger salvaje). Sin embargo, por cerca que estuviese del Wild-Frau, olvidé la tradición que le pertenece y en que una maldición maternal forma el desenlace, para pensar en otra leyenda y en otra maldición más terrible de la cual Werner ha hecho su drama del *Veinte y cuatro de febrero*. La posada donde debíamos llegar dentro de una hora era la posada de Schwarrbach.

¿Conocéis este drama moderno en el que Werner ha trasportado el primero la fatalidad de los tiempos antiguos, esa familia de labradores que la venganza de Dios persigue como si fuese una familia real, esos pastores Atridas que durante tres generaciones en día y hora fija, vengan los unos en los otros, hijos en padres, padres en hijos, los crímenes de hijos y de padres; este drama, que es necesario leer á media noche, durante la tempestad, á la luz de una lámpara moribunda; si no habeis jamás tenido miedo, sentireis entonces por la primera vez correr por vuestras venas el estremecimiento del miedo; este drama, en fin, que Werner lanzó en la escena sin osar tal vez ver su representación, no por adquirirse un título de gloria, sino para desembarazarse de un pensamiento devorador que mientras existiese le roía incesantemente como el buitre á Promoteo?

Escuchad lo que Werner dice él mismo en su prólogo á los hijos y á las hijas de Alemania: «Cuando acabo de purificarme delante del pueblo, despertado por la confesión sincera de mis errores (1) y mis faltas contra él, quie-

(1) Werner, de luterano que era, acababa de hacerse católico.

ro aun desprenderme de ese poema de horror que antes que mi voz lo cantase, turbaba como una nube borrascosa mi razón oscurecida, y que cuando le cantaba resonaba en mis oídos como el grito agudo de el buho... de ese poema urdido durante la noche, parecido al eco del estertor de un moribundo, que aunque débil, llena de terror hasta las médulas de los huesos.»

¿Ahora quereis saber lo que es este poema? Voy á deciroslo en dos palabras.

Un labrador habita con su padre una de las cumbres más altas y escabrosas de los Alpes: el deseo de una compañera se hace sentir en el jóven Kuntz y á pesar del anciano se desposa con Trueda, hija de un pastor del canton de Berna que solo ha dejado al morir libros viejos, largos sermones y una hija hermosa.

El anciano Kuntz ve con pesar entrar una ama en la casa de que era dueño: de aquí querellas interiores entre el suegro y la nuera, querellas en las cuales, el marido, herido en la persona de su muger se irrita de día en día contra su padre.

Una tarde, era el 24 de febrero, vuelve alegre de una fiesta dada en Louèche. Entra con la alegría en la frente y cantando. Encuentra al anciano Kuntz regañando y á Trueda que llora. La desgracia interior velaba á la puerta que él acababa de pasar.

Cuanta más alegría tenía en su corazón, ahora es mayor su cólera. Sin embargo, su respeto hácia el anciano le cierra la boca, el sudor corre por su frente y se muere sus apretados puños, la sangre le hierve y sin embargo calla. El anciano se irrita cada vez más.

Entonces el hijo le mira riéndose con aquella risa amarga y convulsiva de un condenado: toma una hoz colgada en la pared:—La yerba va bien pronto á crecer, le dice, es necesario que yo afile este instrumento. Caro padre, podeis continuar vuestro regaño, yo voy á acompañaros con música.—Despues, afilando su hoz con el auxilio de un cuchillo cantaba una linda canción de los Alpes, fresca y sencilla como una de esas flores que se abren al pie de las neveras:

En la cabeza un sombrero
Hornado de florecillas
La camisa de pastor
Con largas y bellas cintas.

Durante este tiempo, el anciano temblaba de rabia y prorumpía en amenazas.

El hijo seguía cantando siempre. Entonces el anciano, fuera de sí, arrojó á la muger uno de esos dictados injuriosos que enrojecen la faz de un marido. El jóven Kuntz se levantó furioso, pálido y temblando. El cuchillo, el cuchillo maldito con el cual aflaba su hoz se le escapó de las manos, y guiado sin duda por el demonio que vela por la perdición del hombre,

fué á herir al anciano. El anciano cayó y volvió á levantarse para maldecir al parricida, despues volvió á caer y espiró.

Desde este momento la desgracia entró en la choza estableciéndose en ella como un huésped á quien no se puede arrojar. Kuntz y Trueda continuaron amándose sin embargo, pero con ese amor salvaje, triste y monótono sobre el cual se ha derramado sangre. Seis meses despues la jóven parió. Las últimas palabras del moribundo habian herido al niño en el seno de su madre. Y como Cain, llevaba en sí el signo de maldición, una hoz sangrienta en el brazo.

Algun tiempo despues ardió la granja de Kuntz, la mortandad entró en sus ganados, la cima del Renderhorn se desmoronó como empujada por una mano vengadora; una avenida de nieve cubrió la tierra en una superficie de dos leguas, y debajo de aquella nieve estaban sepultados los fértiles campos del parricida. Kuntz, no teniendo ya ni granja ni tierras, de propietario que era se hizo posadero. En fin, cinco años despues de haber nacido el niño Trueda parió una niña. Los esposos creyeron la cólera de Dios desarmada, pues esta niña era hermosa y no tenía ninguna señal de maldición sobre su cuerpo.

Una tarde, era el 24 de febrero, la niña tenía entonces dos años y el niño siete, los dos niños jugaban en el umbral de la puerta con el cuchillo que había muerto á su abuelo; la madre acababa de degollar una gallina, y el niño con aquel placer de sangre tan peculiar en la juventud en quien la educación no lo ha borrado, lo había presenciado: Ven, dijo á su hermana, á jugar juntos, yo seré la cocinera y tú la gallina.—El niño tomó el cuchillo maldito, arrastró á su hermana detras de la puerta de la posada; cinco minutos despues la madre oyó un grito, acudió: la niña estaba bañada en sangre, su hermano acababa de cortarle el cuello. Entonces Kuntz maldijo á su hijo como su padre le había maldecido á él.

El niño se escapó. Nadie supo qué fué de él.

A contar desde este día todo fué de mal en peor para los habitantes de la choza. Los peces del lago murieron, las cosechas fueron estériles, las nieves que ordinariamente se derretían en los grandes calores del estío cubrieron la tierra como una mortaja eterna; los viajeros que mantenían la pobre posada se hicieron cada vez más raros porque el camino llegó á ser cada vez más difícil. Kuntz se vió obligado á vender los últimos bienes que le quedaban en la choza, y se hizo inquilino de aquel á quien se la había vendido, y vivió muchos años con el precio de aquella venta; despues, un día se encontró tan pobre que no pudo pagar el alquiler de aquellas miserables tablas que el viento y la nieve habían lentamente desunido, como para llegar hasta la cabeza del parricida.

TOMO I.

Una tarde, era el 24 de febrero, Kuntz entró en su casa de vuelta de Louèche; se había puesto en camino por la mañana para suplicar al propietario que le perseguía le concediese algun tiempo. Este le había enviado al bailio y el bailio le había condenado á pagar en veinte y cuatro horas. Kuntz había estado en casa de sus amigos ricos; les había rogado, implorado y conjurado en nombre de lo que tuviesen más sagrado en el mundo, salvar á un hombre de la desesperación. Ni uno de ellos le había tendido la mano. Encontró un mendigo que partió su pan con él. Llevó aquel pan á su muger, lo arrojó sobre la mesa diciéndola: Come el pan entero, muger, yo he comido allá abajo.

Entonces había una tempestad horrorosa, el viento rugía alrededor de la casa como un león alrededor de un establo, la nieve caía cada vez más espesa como si la atmósfera fuese por fin á condensarse; las cornejas y los buhos, pájaros de muerte á quienes la destrucción alegre, se recogían en medio del desorden de los elementos como los demonios de la tempestad, y llegaban atrevidos por la claridad de la lámpara á golpear con la punta de sus pesadas alas los vidrios de la cabaña donde velaban los dos esposos que sentados el uno en frente del otro osaban apenas mirarse; y cuando se miraban, separaban inmediatamente la vista, espantados de los pensamientos que se leían en sus frentes. En este momento llamó á la puerta un viajero, los dos esposos se estremecieron.

El viajero llamó por segunda vez; Trueda salió á abrir.

Era un hermoso jóven de veinte á veinte y cuatro años, con la blusa de cazador, con un morral y un cuchillo de monte al lado; llevaba alrededor del cuerpo un cinto para dinero y pendiente de él un par de pistolas. En una mano llevaba una linterna próxima á apagarse, y en la otra un largo palo con punta de hierro.

Al ver aquel cinto Kuntz y Trueda cambiaron una mirada rápida como un relámpago.

—Seais bienvenido, dijo Kuntz, y alargó la mano al viajero. ¿Os tiembla la mano? añadió.

—Es de frío, respondió éste mirándole con una espresion muy extraña.

Dicho esto sentóse, sacó de su morral pan, kirchenwaser, un pedazo de torta y una gallina asada, y convidó á sus huéspedes á cenar con él.

—Yo no como gallina, dijo Kuntz.

—Ni yo, dijo Trueda.

—Ni tampoco yo, dijo el viajero.

Todos tres cenaron únicamente con la torta; pero Kuntz bebió mucho.

Acabada la cena entró Trueda en una pieza contigua, estendió por el suelo un poco de paja, y salió á decir al extranjero: vuestra cama está lista.

—Buenas noches, dijo el viajero.

17

—Dormid en paz, respondió Kuntz.

El viagero entró en su cuarto, cerró la puerta y se puso de rodillas para orar.

Trueda se fué á echarse en su cama.

Kuntz dejó caer su cabeza entre sus dos manos.

Al cabo de un instante, púsose en pie el viagero, desató su cinto que le sirvió de almohada, y colgó de un clavo sus vestidos; pero como estaba mal clavado cayó en el suelo arrastrando consigo la ropa que debía sostener.

El viagero trató de clavarlo otra vez en la pared dándole con el puño, la fuerza y sacudida de aquellos golpes hicieron caer alguna cosa colgada en la parte exterior del cuarto. Kuntz se estremeció, buscando tímidamente con los ojos el objeto cuya caída acababa de distraerle de la meditación. Era el cuchillo dos veces maldecido que había muerto al padre por la mano del hijo, y á la hermana por la del hermano, que había caído cerca de la puerta del cuarto que ocupaba el forastero.

Kuntz se levantó para ir á recogerlo, y al bajarse su mirada penetró por el ojo de la llave en el cuarto de su huésped. Este dormía con la cabeza apoyada sobre el cinto. Kuntz se quedó con la vista clavada en la cerradura, y la mano sobre el cuchillo. La lámpara se apagaba en el cuarto del extranjero.

Kuntz se volvió hácia Trueda para ver si dormía, Trueda estaba apoyada sobre el codo con los ojos fijos, miraba á Kuntz.—Levántate y alumbra puesto que no duermes, dijo Kuntz.

Trueda tomó la lámpara; Kuntz abrió la puerta, y los dos esposos entraron.

Kuntz puso la mano izquierda sobre el cinto. Tenía el cuchillo en la mano derecha. El extranjero hizo un movimiento. Kuntz hirió. El golpe estaba dado con tanta seguridad que la víctima no tuvo fuerza mas que para decir estas dos palabras: ¡Padre mio!

Kuntz acababa de matar á su hijo.

El jóven se había enriquecido en el extranjero, y volvía á partir su fortuna con sus padres.

He aquí el drama de Werner y la leyenda de Schwanbach.

Puede juzgarse hasta que punto tal recuerdo me preocupaba. El deseo de ver la posada que había sido el teatro de aquellos terribles sucesos me había sobre todo determinado á tomar el camino del Monte Gemmi. Había en verdad una legua mas allá de la posada, cierta bajada que las gentes mismas del país miran como una de las mas espantosas gargantas de los Alpes; lo que no me prometía para mi cabeza tan dispuesta á los vértigos una gran libertad para admirar el trabajo de los hombres que han abierto aquella bajada, y el capricho de Dios que ha levantado allí rocas contra las cuales se ha formado esta especie de escalera. A fuerza de pensar en la posada

y en el camino fácil que á ella conduce concluí por no reflexionar en el infernal camino por el que de ella se sale.

Mientras resolvía en mi imaginación todo aquel drama, ya habíamos subido á la montaña. Al llegar á su cumbre sentimos de pronto un aire frío. Mientras subimos había pasado sobre nuestras cabezas y no lo habíamos sentido. Llegados á la cima nada nos resguardaba de él, y bajaba en terribles bocanadas desde los pinos del Altels y del Gemmi, como para custodiar el dominio de la muerte y rechazar de ella á los vivos hácia el valle en donde pueden vivir.

Imposible era ademas inventar una decoración mas en armonía con el drama: detrás de nosotros, el delicioso valle de la Kander (Kander-Thal), jóven, risueño y verde: delante la nieve helada y las desnudas rocas: despues, como medio de aquel desierto, cual una mancha sobre una sábana mortuoria la maldita posada que presencié la escena que acabamos de contar.

A medida que me aproximaba era mas viva la impresión. Me disgustaba el cielo de un azul trasparente y el radiante sol que iluminaba aquella cabaña: hubiera querido ver la atmósfera oscurecida por las nubes: hubiera querido oír los silbidos de la tempestad desencadenada alrededor de aquella cabaña. Nada de esto había. Al menos, sin duda la facha salvaje de nuestros huéspedes creí que estaria en armonía con los recuerdos que le rodeaban. Tampoco: dos hermosas criaturas blancas y sonrosadas, un niño y una niña, jugaban sobre el dintel de la puerta abriendo agujeros en la nieve con un cuchillo. ¡Un cuchillo! ¿cómo tenían sus padres bastante imprudencia para dejar todavía un cuchillo allí en manos de sus hijos? Se lo arranqué vivamente: el pobre niño se lo dejó coger y se echó á llorar.

Entré en la cabaña, su dueño se dirigió á mí: era un hombre grueso de treinta y cinco á cuarenta años, muy robusto y muy alegre.

—Tomad, le dije, aquí teneis un cuchillo que he quitado á vuestro hijo que jugaba con su hermana. No dejéis semejante arma entre sus manos, ya sabeis lo que de ello podría resultar.

—Gracias, señor, me dijo mirándome con asombro, pero no hay peligro en esto.

—¡Desgraciado! ¡no hay peligro! ¿y el 24 de febrero?

El dueño de la casa hizo un marcado gesto de impaciencia.

—¡Ah! dije, ¿habeis comprendido? Al mismo tiempo eché la vista en torno mio: la disposición de la cabaña era seguramente la misma que en tiempo de Kuntz. Nos hallábamos en la primera habitación: en frente de nosotros en un hueco había no la mala cama de Trueda, sino un bonito lecho suizo tan ancho como largo: á la izquierda estaba el cuarto donde

había sido asesinado el viagero. Fui á la puer-

ta de aquel cuarto, lo abrí: había una mesa puesta esperando para comer á los viageros que diariamente pasan. Miré al suelo, me pareció que iba á hallar en él las manchas de sangre.

—¿Qué buscáis, caballero? me dijo el dueño: ¿habeis perdido alguna cosa?

—¿Cómo! dije yo respondiéndole á mi pensamiento y no á su pregunta, ¿habeis tenido la idea de hacer un comedor de este cuarto?

—Porque no había de poner en él una cama como había hecho mi predecesor. Una cama es una cosa inútil aquí donde pocos viageros se detienen á pasar la noche.

—Ya lo creo, despues del horrible suceso de que ha sido testigo esta cabaña...

—¡Vamos, otro que tal! murmuró con mal humor que no trató de ocultar el posadero.

—¿Pero cómo habeis tenido, continué diciéndole, valor de venir á habitar esta casa?

—No he venido á habitarla, señor mio, siempre ha sido mia.

—¿Pero y antes de ser vuestra?

—Era de mi padre.

—¿Con que sois el hijo de Kuntz?

—No me llamo Kuntz, me llamo Hantz.

—Si, habeis cambiado de nombre y habeis hecho bien.

—No he cambiado de nombre, y á Dios gracias espero no cambiar de él nunca.

—Comprendo, me dije interiormente, Werner no habrá querido.

—Mirad, caballero, espliquémonos, me dijo Hantz.

—Mucho me alegro de que prevengais mis deseos, yo no me hubiera atrevido á pedirlos detalles de acontecimientos que parece tan de cerca os tocan, mientras que ahora vais á decirme..... ¿no es esto?

—Si, voy á deciros lo que he dicho veinte veces, cien veces, mil veces: voy á deciros lo que hace quince años me tiene condenado á mí y á mi muger, lo que concluirá por hacerme hacer un desatino.

—¡Ah! ¡los remordimientos! me dije á mí mismo á media voz.

—Porque, continuó con desesperación, semejante persecución cansaría la paciencia del mismo Calvino. No hay aquí tal 24 de febrero, ni Kuntz, ni asesinato: esta posada es tan segura como el regazo de una madre para su hijo: mejor que nadie lo sabe el tunante que es causa de todo esto, pues que ha permanecido aquí quince días.

—¿Kuntz?

—No señor, os digo que jamás ha habido aquí á veinte leguas á la redonda un solo hombre que se llame Kuntz, sino un miserable, un tal Werner.

—¿Cómo! ¿el poeta?

—¿Poeta?

—Si señor, el poeta: así es como le llaman todos.

—¡Pues bien! caballero, el poeta vino á ca-

sa de mi padre. ¡Mas hubiera valido para su descanso en el otro mundo, y para el nuestro en este, que se hubiera roto la cabeza al trepar la roca que vais á bajar! Vino en 1813, me acuerdo como si fuese hoy mismo, era un hombre de noble y honrada cara, caballero; imposible sospechar nada de él. Así, cuando pidió á mi pobre padre quedarse ocho ó diez días con nosotros, mi padre no tuvo dificultad en ello, únicamente le dijo:—No estareis muy bien, no tengo mas que un cuarto que daros. El otro, que tenia sus miras, respondió:—Bueno es. Entonces le instalamos aquí donde estais. Debíáramos de haber sospechado algo sin embargo, porque desde la primera noche se puso á hablar alto como un loco. Yo creí que se hallaba enfermo: me levanté para mirar por el ojo de la cerradura, daba miedo: se hallaba pálido, tenia los cabellos echados hácia atrás, los ojos tan pronto clavados en un punto, tan pronto convulsivamente agitados: había momentos en que permanecía inmóvil como una estatua, de repente gesticulaba como un endemoniado, despues escribía, escribía..... patitas de mosca que por lo regular siempre son mala señal; si bien esto no duró mas que quince días, ó mejor dicho quince noches, porque durante el día se paseaba alrededor de la casa. Yo soy el que le guiaba. En fin, despues de quince días nos dijo:—Buenas gentes, ya he concluido, os doy las gracias.—No hay de qué, contestó mi padre, puesto que os he ayudado muy poco. Pagó, debo decirlo, pagó bien y despues partió.

Un año se pasó tranquilamente sin que volviésemos á oír hablar de él. Una mañana, era en 1815 según creo, dos viageros entraron y miraron con atención el interior de nuestra posada.—Toma, dijo uno, hé ahí la hoz.—Toma, dijo el otro, hé ahí el cuchillo. Era una hermosa hoz nueva que acababa yo de comprar en Kanderstg, y un cuchillo viejo de cocina que no servía ya mas que para partir azúcar, y que estaba colgado de un clavo cerca de la puerta del gabinete; les miramos con sorpresa mi padre y yo, cuando uno de ellos se acercó y me dijo:—¿No es aquí, amigo, donde tuvo lugar el 24 de febrero aquel horrible asesinato?

Quedamos mi padre y yo estupefactos.

—¿Qué asesinato? dije yo.

—El asesinato cometido por Kuntz en su hijo. Entonces les contesté lo que acabo de responderos.

—¿Conoceis á Mr. Werner? continuó el viagero.

—Si señor, es un bravo y excelente sugeto, que ha pasado quince días aquí hace dos años, según creo, y que no tiene mas que un defecto, que es escribir y hablar toda la noche en lugar de dormir.

—Pues bien, tomad lo que ha escrito en vuestra posada y sobre vuestra posada.

Entonces nos dió un librito que llevaba por título el 24 de febrero. Hasta ahí no había na-

da de malo: el 24 de febrero es un día como otro cualquiera y no tuve nada que decir; pero no bien lei treinta hojas, cuando el libro se me cayó de las manos. Eran mentiras; pero ¡qué mentiras! y sobre todo mentiras sobre nuestra pobre hostería; y todo eso para arruinar al desgraciado posadero. Si le habíamos llevado demasiado caro por los días que pasó, podía muy bien haberlo dicho, ¿no es verdad? No es uno un turco para ahogar á nadie; pero no, si no dijo nada; pagó y aun dió para beber, y luego el hipócrita va á escribir que nuestra casa.... ¡Si eso hace estremecer! ¡Si es una indignidad! ¡es una infamia! Así que venga un poeta aquí que yo le vea, no se me escapará de entre las manos. ¡Oh! el pagará por su camarada.

—Pero, ¿nada de lo que cuenta Werner ha pasado?

—Nada, nada absolutamente, es decir, ni la menor cosa. Mi huésped rabiaba.

—Entonces concibo que las preguntas que os hacen sobre esto, os deben ser sumamente impertinentes.

—Enfadadas decid, señor. Decid..... Y se agarraba los pelos con las manos, decid... ¡No encuentro palabra! Es hasta tal punto, que no pasa alma viviente que no me repita la misma canción mientras la hoz y el cuchillo estén ahí. Mirad, dicen, ahí está la hoz y el cuchillo. Mi padre los quitó un día porque ya se cansaba oír repetir siempre la misma cosa. Entonces era otra canción.—¡Ah! ¡ah! decían los viajeros, han retirado la hoz y el cuchillo, pero ved ahí el cuarto aun.—¡Diablo! si, si, tienes razón, es verdad ¡Ah, caballero! era para desesperarse uno: han abreviado la vida de mi padre por mas de diez años. Oír decir tales cosas sobre la casa en que uno ha nacido, oír las decir por todo el mundo, y en todos los días, y por lo regular dos veces mas que una; esto es inaguantable, daría la barraca por cien escudos. Os la doy, y tambien el moviliario, me marcharé, y así no oír hablar mas ni de Werner, ni de Kuntz, ni de la hoz, ni del cuchillo, ni del 24 de febrero, ni de nada.

—Vamos, vamos, patron, calmaos y dadnos de comer, esto valdrá mas que el desesperaros.

—¿Qué es lo que quereis comer, respondió nuestro hombre, calmándose de repente, y levantando la punta de su delantal?

—Algo de volateria.

—Si, si, aves, ya podeis tratar de buscarlas. Cuando habia gallinas era otra cosa, pero ahora. ¿No sabeis que aquel condenado puso una en su libro? ¿Una gallina! ¿Habeis visto cosa semejante? O no le debian gustar ó lo hizo por hacernos mal.

—Todo lo que querais, poco me importa: disponed cualquier cosa, en tanto que voy á dar un paseo por esos alrededores.

—Dentro de media hora estará pronta la comida.

Sali lamentando muy sinceramente la deses-

peracion de aquel pobre hombre: porque la influencia de la palabra del poeta es tan poderosa, que donde quiera que la siembra lo llena á su placer de recuerdos felices ó funestos, y convierte los seres que lo habitan en ángeles ó demonios.

Comencé mi paseo: pero la relacion de Hantz habia disipado casi toda la ilusion del paisaje. El aspecto no dejaba de ser gigantesco y salvaje; pero el principio vivificante habia desaparecido. El posadero habia con un soplo destruido el fantasma del poeta, y lo habia hecho desaparecer. Aquella naturaleza era imponente; pero despoblada é inanimada: habia nieve, pero sin manchas de sangre: asemejábase á una mortaja; pero no envolvía ningun cadáver.

Este desencanto abrevió una hora lo menos mi paseo topográfico por la cima donde habíamos llegado, pues me limité á echar un vistazo hácia el Oriente por encima de las dos cumbres que han dado á la montaña el nombre de *Gemmi*, derivado probablemente de *Geminus*; y otro al Oeste por encima de la inmensa nevera de Lammero, siempre muerta y azul cual la vió Werner. El lago del Daube (*Dauben see*) y el derrumbadero del Randerhorn los habia visitado ya, uno á la ida, y debia costear el otro al volver. Volví al cabo de media hora, y mi huésped fué muy puntual, pues ya me lo hallé de pie al lado de una mesa con abundante comida.

Al marcharme ofreci al pobre Hantz que haria todo lo posible para disipar la *calumnia* de que era víctima. He cumplido mi palabra, y si alguno de mis lectores pasa alguna vez por la venta de Schwanbach, le quedaré muy agradecido si tiene la bondad de decir á Hantz que en este libro, sin el cual, jamás probablemente hubiera tenido noticia del poema de Werner: he referido con verdad el origen de él.

A distancia de un cuarto de hora, nos encontramos en la orilla del pequeño lago del Daube, que con el del San Bernardo y el del Taulhorn es uno de los mas altos del mundo conocido. De ahí es que como los otros dos está tambien desierto, porque no se puede sufrir la temperatura de sus aguas, ni aun en el rigor del verano.

Después de haber pasado el lago, entramos en un pequeño despoblado, al fin del que hallamos una quinta abandonada. Willer me dijo que la bajada empezaba al pie de aquella casa. Curioso por ver aquel paso extraordinario, y recobrando la fuerza mis piernas, cansadas de andar durante tres horas por mal camino, apresuré el paso á medida que adelantaba, de modo que llegué corriendo á la casa de campo.

Di un grito, cerré los ojos, y me dejé caer de espaldas.

No sé si mis lectores habrán experimentado alguna vez la terrible sensacion de un vértigo, ni si al medir con la vista un gran pre-

LOS BAÑOS DE LOUECHE.

Estaba tan fatigado al llegar á los baños de Louèche, que dejé para el día siguiente la visita que me proponia mi guia Willer y la comida que me ofrecia el posadero, reclamé en cambio la cama que ni el uno ni el otro pensaba mandarme hacer.

Al día siguiente entró Willer en mi cuarto á las nueve: era el momento de visitar los baños, pues los enfermos van á ellos antes de desayunarse. Mas gana tenia de dejarlos sumergirse á su placer en su piscina y de permanecer en la cama, á riesgo de perder aquella escena de ablucion que me habian dicho ser muy curiosa, pero Willer fué inexorable, y tuve que contentarme con catorce horas de sueño.

A veinte pasos de la posada encontramos la gran fuente de San Lorenzo, que abastece los baños, pues otros doce ó quince manantiales de agua termal que brotan en las inmediaciones se pierden sin utilizarse en el Dala, y nadie ha pensado nunca en sacar algun partido de ellos.

El aspecto de los baños de Louèche es en todo distinto del que ordinariamente presentan los establecimientos de este género; la ablucion, se hace no en gabinetes separados como en Aix, sino en comun, mezclados hombres y mugeres, lo que presenta un golpe de vista enteramente patriarcal.

Figúrese un estanque de la Escuela de natacion, y rodeado de una galeria embaldosada con dos puentes perpendiculares uno á otro formando por su reunion una cruz latina, y en cada una de sus divisiones unos treinta bañistas apiñados, resultando para las cuatro un total de ciento veinte personas herméticamente encerradas en peinadores de franela, y no dejando ver á flor de agua mas que una coleccion de cabezas empelucadas ó engorradadas á cual mas grotescas. Agréguese á esto que cada una de aquellas cabezas tiene delante de si una tabla de pino ó un corcho sobre la cual, con el auxilio de las manos, cuyos brazos no se ven, hace todo lo que tiene que hacer, come, bebe, hace calceta, juega á los naipes, y todo con tanta mas soltura y facilidad como que posee ademas un asiento movable que le sirve para cambiar de sitio, y con el que se coloca como le conviene, tan pronto en una esquina, tan pronto en otra, no teniendo para trasladarse mas que mover su mesita que le sigue por medio de un hilo, y el taburete invisible atado á la parte del cuerpo que no se ve en la superficie del agua. Ademas, la frecuencia de esos cambios de posicion, varia segun el carácter de los bañistas. Hay tal per-

cipicio, han sentido alguna vez el irresistible impulso de arrojarse en él; no sé si se les han erizado los cabellos ni si han sentido correr el sudor por la frente, ni si se les han contraido los músculos de su cuerpo, estirándoseles después cual los de un cadáver galvanizado por la pila de Volta; pero si le han experimentado conocerán un puñal introducido en la carne: ni el plomo derretido en las venas, ni la fiebre que corre en las vértebras causan una sensacion tan aguda como el de aquel estremecimiento que en un instante se apodera de todo el cuerpo, y por eso no necesito decir nada mas. Habia llegado corriendo hasta la orilla de una roca perpendicular de mil seiscientos pies de altura sobre el lugar de Louèche, y si doy un paso mas, sin remedio me hubiera precipitado, en aquel profundísimo abismo.

Willer echó á correr tras de mí y me encontró sentado: apartó mis manos con las que me tapaba los ojos, y al ver que me desmayaba, me puso en los labios un frasco de *kirchenwasser*: sorbi un buen trago, y cogiéndome Willer por el brazo, me llevó hasta la puerta de la cabaña. Le ví entonces tan asustado al verme tan pálido, que recobrando mi fuerza moral sobre aquella sensacion fisica, me eché á reír para calmar su terror; pero aquella risa era una risa estridente, como la de los condenados que moran en el lago helado del Dante.

Con todo al cabo de pocos minutos ya me habia repuesto. Habia sentido lo que en circunstancias semejantes experimento, un trastorno en todas mis facultades seguido de un completo reposo, porque la primera sensacion es de la parte fisica que domina instintivamente á la moral, y la segunda es, la moral que recobra su poder racional sobre la fisica. Cierzo es que generalmente el segundo movimiento es mas penoso y sensible que el primero, y que se padece mas al recobrar la cabeza que cuando se halla uno trastornado.

Me puse en pie tranquilamente, y me dirigí de nuevo hácia el precipicio cuya vista habia cansado en mí el efecto que he tratado de escribir. Se presentaba una sendita de dos pies y medio de anchura, por la que comencé á caminar con paso en apariencia tan firme como el de mi guia, únicamente que por temor de que mis dientes se rompiesen unos con otros me puse en la boca el pañuelo hecho veinte pliegues.

Durante dos horas bajé siempre dando vueltas y teniendo siempre tan pronto á mi derecha como á mi izquierda un precipicio escarpadísimo y llegué á Louèche sin haber pronunciado ni una sola palabra.

—¡Infeliz! me dijo Willer, ya veis que esto no ha sido nada.

Saqué entonces mi pañuelo de la boca y se lo enseñé; todo él estaba cortado como con una navaja de afeitar.